

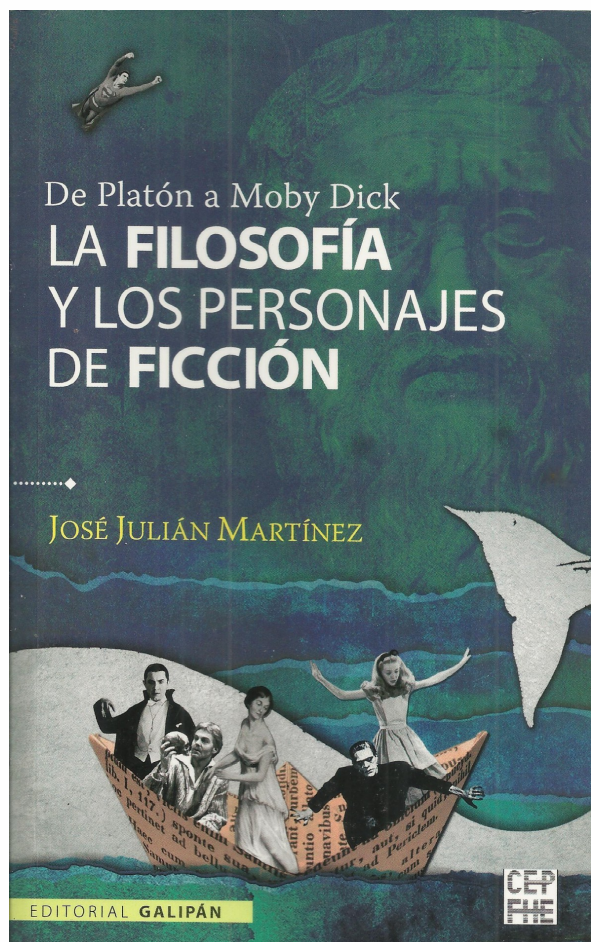
Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios | vol. 30 - n.º 32 - Año 2026
e-ISSN: 2610-7902 | e-Depósito Legal: Me2018000066



Rafael Sánchez / De la serie *Intercepciones* / 2024
mixta sobre tela / 64 x 74 cm

Reseñas



*De Platón a Moby Dick.
La filosofía y los
personajes de ficción.*

Por José Julián Martínez,
Editorial Galipan, 2018. 240 p.

Yhoiner Parras

Universidad Central de Venezuela

Universidad de Los Andes



Múltiples han sido las formas en que filosofía y literatura se han relacionado a través de la historia. Las consecuencias de este encuentro no han pasado desapercibidas para la mirada de diversas teorías críticas. El escenario académico mundial ha sido testigo de lo fructífero de dichas miradas, objetivadas en publicaciones que exploran desde lo más aparentemente nuclear hasta las sutilezas que precisan los contornos del problema. Sin embargo, en Venezuela hemos sido mezquinos o desinteresados, en el peor de los casos, ante esta línea de investigación. Las exploraciones en este campo han sido tímidas. Este libro del profesor José Julián Martínez viene a cambiar un poco el panorama.

El título de la obra demarca los límites de esta aventura intelectual. Se trata de un filósofo que se pregunta por la posibilidad del personaje de ficción. Asombrado ante la capacidad de *transformarnos* que tienen, se pregunta por qué nos afectan. Acertadamente analiza no sólo a este, sino a sus mundos. No existe forma de pensar al personaje sin ubicarlo en su campo de acción, con su trama a cuestas. Se trata de una indagación que recorre la tríada personaje-mundo-trama, sin la cual sería imposible la existencia de lo literario.

El trabajo tiene un total de doscientas treinta y siete páginas. El prólogo expone las preguntas rectoras y la tesis principal del libro. La primera parte de la obra se titula «¿Cómo es posible el personaje de ficción?». La segunda lleva por nombre «Ética narrativa». Ambos umbrales preludian que los tratamientos teóricos y prácticos están presentes para hacer frente a la cuestión.

Martínez acude a grandes tradiciones tanto de la filosofía analítica como de la filosofía continental: la hermenéutica, la fenomenología, la filosofía de la mente, la ética, la estética, el existencialismo y la filosofía política, entre otras. Heidegger, Dawkins, Dennet, Husserl, Gadamer, Nussbaum, Foucault, Merleau-Ponty, entre otros pensadores, destacan entre los citados. Por ello puede conjugar especulación y practicidad, profundidad de argumentos y sencillez de estilo. Además, dentro de las teorías crítico-literarias usa la estética de la recepción, emparentada con la hermenéutica y con la fenomenología.

A partir de la noción de *self*, entendida como el límite móvil entre lo que somos y lo que no somos, y de la consiguiente noción de fenotipo ampliado, entendida como la relación de ampliación que considera aquello con que se relaciona como algo propio, se afirma que el personaje «surge como parte de nuestro *self ampliado*» (pág. 22; cursivas del autor). El personaje sería una extensión de nosotros mismos. También, para refutar la teoría del pensamiento acerca de las respuestas emocionales a la ficción de Noël Carroll, quien afirma que lo que nos afecta en la ficción es el contenido mental, acude a Gilbert Ryle y a la noción de error categorial. Éste entiende que aquello que nos conmueve y que nos afecta es porque existe, pues para que algo

nos conmueva o nos afecte primero debe existir. Se distancia de la consideración de lo existente como lo exclusivamente físico. Lo que existe no es solo aquello que habita mundo que nosotros habitamos. «Los mundos ficcionales -comenta Martínez- existen cuando nos cuentan que hay centauros y plantean una ontología que tiene centauros» (pág. 83). Se da acá otro acierto del autor: el tratamiento ontológico de la cuestión del personaje, y no un tratamiento meramente óntico.

Su aproximación fenomenológica al problema se enmarca en el proyecto husserliano de volver a las cosas mismas. Se fundamenta la identificación literatura-vida en formas perceptivas previas a toda forma de pensamiento estructurado. Este pensamiento es una consecuencia de la experiencia prenarrativa o prelingüística. En este sentido: argumenta el autor que «Todo relato es algo parecido a un ser que *es* en el mundo y *se origina* en el mundo. Surge en esa vida fáctica propuesta tanto por Merleau-Ponty como por Heidegger, cuya principal característica es la historicidad (*Geschichtlichkeit*)» (pág. 30).

Ahora bien, pasando a las afirmaciones problemáticas del texto, es necesario destacar la siguiente: «nos valen las obras que un determinado lector considere literatura, siempre y cuando tengan, *según su criterio*, un óptimo nivel estético, emocional y temático-filosófico» (pág. 144. Cursivas nuestras). Esta afirmación, aunque fundamentada en postulados de la teoría de la recepción, no escapa a las sospechas de subjetivismo. ¿Y si un lector determinado considera que las características mencionadas no se reflejan en obras como *Hamlet* o *La vida es sueño*? ¿Qué sucederá, por el contrario, si se encuentran las características que según Martínez identifican a lo literario en la novela rosa? Estas consideraciones no deben dejar de tomar en cuenta la importancia de la institución literaria que, aunque cambiante, proporciona asideros más firmes. También vale la pena observar que cuando el autor, siguiendo a Nussbaum, intenta definir el concepto de justicia, afirma que la entiende como «la manera justa de obrar» (pág. 160). Esta afirmación tiene tintes de petición de principio. Tanto para definir el término como para aplicarla en los dominios de la ficción, se trata de un concepto que no llega a ser de gran utilidad, a no ser por una comprensión de lo que solemos entender por obrar de manera justa.

Sin embargo, en el contexto de los estudios literarios, podemos afirmar con mucha seguridad que es un libro óptimo e indicado para entrar en esas casi inexploradas relaciones entre filosofía y literatura. Se trata de un gran ejemplo de cómo la filosofía puede prestarse para entender y vivir lo literario de una forma más amplia. El libro acierta al explorar las razones que nos llevan a identificarnos con un personaje, cuando nos sumergimos en un mundo ficcional. A su sencillez de estilo se une una sólida argumentación que logra convencernos de que un personaje “se muestra ante nosotros como una opción de ser-en-el-mundo” (pág. 13). En otras palabras, es un libro logrado.